

SENTIDO CULTURAL DE LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA Y DE LA VIGILANCIA DE SU CALIDAD

Guillermo Páramo Rocha*

Hay una conexión entre nuestra idea de sabio y la naturaleza de la universidad que, como suele suceder con los determinantes culturales, se revela en lo más inmediato, en aquello que por inmediato no notamos. A mi juicio, la exploración de nuestro mito del sabio puede ayudarnos a interpretar por qué en todo el mundo la idea de universidad plena ha llegado a implicar su autonomía, y a comprender algunos sentidos de nuestro papel como universitarios hoy en día, especialmente nuestra relación con el Estado y nuestra responsabilidad para con la sociedad.

Música en el vuelo de una mosca

En el siglo XVII, Anthony Wood, el cronista de Oxford, escribía lo siguiente a propósito de uno de los personajes de esa Universidad:

“Admirables fueron aquellos días cuando nuestro fraile... siguió el estudio de de todas las Artes y las Ciencias, haciendo en ellas descubrimientos maravillosos seguidos de extraños acontecimientos; de tal manera que pasó a ser, no sólo para la gente vulgar sino también para estudiosos capaces, un nigromante, o uno que se ocupaba de la Magia Negra... Sin duda la gente estaba convencida de que nuestro fraile conversaba con el Diablo, aunque ciertamente lo que él hacía resultaba sólo de sus estudios” (*cit.* en Morris 1978: 13).

* Miembro del Consejo Nacional de Acreditación de Colombia. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

Aquel sospechoso de necromancia era Roger Bacon, *doctor admirabilis*, quien hacia 1247 regresaría a Oxford desde la Universidad de París para introducir en la academia inglesa el estudio de las lenguas, las matemáticas, la óptica, la alquimia y la astronomía. Para ello invertiría fortunas en la compra de “libros de secretos”, en la realización de experimentos, en la construcción de tablas e instrumentos y en preparación de asistentes y aprendices. Más tarde ingresaría a la Orden Franciscana. Discípulo de Aristóteles, su nombre figura hoy en el repertorio de las ideas de la ciencia contemporánea por sus indagaciones astronómicas, que apuntaron en la dirección de lo que luego sería el sistema de Copérnico, y por haber previsto, entre otras cosas, la invención de la pólvora, el telescopio y las máquinas capaces de volar.

Para las gentes corrientes del siglo XIII –como decía Wood cuatrocientos años después- Roger Bacon se entregaba a las cosas que dominaba el Diablo. Por los días de Wood, otro investigador inglés se ocupaba de cosas que parecían ser solamente de Dios:

Quando dediqué mi mente por primera vez a las vivisecciones como medios para descubrir los movimientos y los usos del corazón, y busqué descubrirlos a partir de la inspección original y no de lo de los escritos de otros, encontré tan ardua la tarea, tan llena de dificultades, que estuve tentado a pensar con Fracastoro que los movimientos del corazón podían ser comprendidos únicamente por Dios. Pues yo no alcanzaba siquiera a percibir correctamente cuándo la sístole y la diástole tenían lugar, ni cuándo ni dónde la dilatación y la contracción ocurrían, dada la rapidez del movimiento, la cual en muchos animales equivale a un parpadeo, yendo y viniendo como el resplandor de un relámpago. Así que la sístole se me presentaba ahora desde este punto, ahora desde aquel; y con la diástole pasaba igual, y entonces todo se invertía y los movimientos –así parecía- variaban y se confundían uno con otro. De aquí que mi pensamiento era muy inestable y no sabía qué debía concluir ni qué creer de los otros.

Así se expresaba William Harvey al comienzo de su *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus* [1616] (1910: 79), obra en la cual

relataba sus experiencias y anunciaba su descubrimiento de la circulación de la sangre.

Bacon y Harvey fueron vistos como seres distintos por su propia sociedad. En las postrimerías de la Edad Media, Bacon soñaba con máquinas voladoras y leía en el cielo un tipo de orden que desafiaba el sentido común. Al despuntar los tiempos modernos, Harvey se sobreponía a la perplejidad, percibía lo que pasaba con la velocidad del rayo, escrutaba los secretos de la vida y establecía un nuevo modelo de cuerpo humano y animal. Uno y otro trascendían las fronteras de lo ordinario y se asomaban a mundos vedados a los seres humanos ordinarios. Por eso, por penetrar en lo inescrutable “aunque ciertamente lo que hacían resultaba sólo de sus estudios”, era que se pensaba que tocaban las cosas reservadas al Diablo o reservadas a Dios.

Los dos representaban lo que se ha llamado ‘el sabio’, y el sabio sorprende al humano normal para quien sus extrañas artes desbordan las fronteras de lo aceptable o de lo racional. Eso pasaba en los tiempos del fraile de Oxford mencionado por Anthony Wood y, como lo demuestran sus propios comentarios, también en los de Harvey. Eso pasa aún ahora: la imagen del sabio, como en los tiempos antiguos, suscita asombro, desconcierto, respeto y aún temor. Toda superación de una barrera intelectual impuesta por la época o la cultura de alguna manera es exclusiva y excluyente. Así mismo es excluyente el dominio de las cimas del saber. Entonces, para los no sabios, para las inmensas multitudes que no alcanzan a comprender los ignotos estudios y propósitos de esos seres especiales, sus artes se refunden en la magia; son la magia. La figura del sabio socialmente reconocido como sabio siempre ha estado rodeada de misterio y de tabú.

Ya el *areté*, la excelencia de pensamiento de los griegos, a veces parecía llegar del más allá. Sócrates escuchaba a los *daimones*. Los cristianos convirtieron los *daimones* en demonios y éstos, a partir de entonces, siempre estuvieron cerca de los escasísimos poseedores de las cúspides del saber. Merlín había sido engendrado por un demonio; el demonio rondaba por la celda del sabio San

Cipriano; San Ambrosio, al igual que los brujos, tenía tratos con las bestias salvajes. Hasta los santos sabios eran sabios por acercarse a los umbrales de los reinos de Satanás. Fausto, con Mefisto, fue el modelo del sabio conquistado por el Mal, y Próspero, el de ***La Tempestad***, aunque era un mago del Bien, mucho se parecía a Roger Bacon y podría haber sido confundido con un mago del Mal.

Esa idea de que hay seres que llegan a la sabiduría, la cual traspasa las barreras de la gente normal, ha sido perenne en nuestra cultura. Claro está que “ya no hay sabios en el sentido del término griego” y que “el mismo concepto de sabiduría-*sophía*- necesita ser explicado y situado en su contexto histórico” (García Gual 1989: 8). Mas, en verdad, los grandes creadores y descubridores de cada época son los sabios de esa época; así que, como la idea de sabio sigue vigente, los grandes creadores y descubridores de hoy son los sabios de hoy. En su momento, a Bacon y a Harvey se les llamaba ‘filósofos’ y entonces, por lo mismo, se les consideraba buscadores de sabiduría y de hecho ‘sabios’, pues el *sophía* griego estaba en *philosophía* (la ‘filosofía natural’ hasta no hace mucho abarcaba todo lo que conocemos como ‘ciencia natural’). Ahora a esos sabios les diríamos ‘científicos’, porque aceptamos que acceden a una *ciencia* natural. Pero el científico no deja de ser un ser distinto, porque si bien todos estamos en la naturaleza, no accedemos todos naturalmente a la ciencia natural.

Los sabios son aquellos que leen lo que los demás no leen, ven lo que los demás no ven, escuchan lo que los demás no escuchan, imaginan o perciben lo que los otros no han imaginado ni percibido jamás. Contemporáneo de Harvey fue Marin Mersenne; de él contaba Robert Hooke que decía calcular los aleteos de una mosca a partir de la nota musical que ésta producía al volar (Pierce 1985: 22). Mersenne era francés; un fraile mínimo que había sido alumno de Descartes y los jesuitas en La Flèche. Teólogo, era así mismo matemático y geómetra, y es famoso en nuestros días por los números que llevan su nombre y por sus estudios de las cicloides; además era físico, un estudioso de la música y de la armonía que sentó las bases de la acústica e hizo la primera estimación conocida de la velocidad del sonido en el aire.

Harvey se empeñaba en ver lo que podía perderse con sólo parpadear; Merssene escuchaba música cuando volaba una mosca. De manera análoga, mundos extraordinarios disfrazados a veces de lo más ordinario han sido los explorados por los otros sabios, por ejemplo, por los amigos de Merssene: Descartes, Pascal, Gassendi, Galileo. Los sabios han sido siempre así. ¿Qué decir de los extraños y lejanos mundos que tocaba Leonardo -paradigma del sabio- cuando, como Bacon, diseñaba máquinas voladoras, como Harvey, miraba hacia el interior de los cuerpos humanos, y como Roger Bacon, Hooke, Descartes o Galileo, se sumía en profundas reflexiones ante un rayo de luz?

Resulta muy difícil definir al sabio en toda su complejidad, pero, entonces, un atributo de la sabiduría es el de trascender las escalas de lo local y de lo inmediato; del orden de cosas que determinan el mundo de la gente en general. El sabio se ocupa de lo extraordinariamente grande o de lo extraordinariamente pequeño; de las eras y de los picosegundos; del lejano pasado o del distante futuro; de lo más abstracto o de las concretas señales que, aunque han estado siempre delante de todos, sólo él y los otros sabios pueden identificar.

Los experimentos mentales de Einstein tenían el orden de magnitud del universo y el de las partículas del átomo; Darwin meditaba sobre millones de años y pólipos diminutos, distinguía en la espesura de las selvas formas diversas en el pico de los pinzones y leía directamente en el libro de la Naturaleza -que siempre había estado abierto para todos- mensajes que muy pocos podrían descifrar. Aunque los sabios griegos ya no existen, pudiéramos decir que aún los sabios llegan a lo que los filósofos griegos llamaban el *lógos*: “La palabra silenciosa pero eterna en los labios de la Naturaleza, el habla con la cual expresa el cosmos sus ínsitas razones” (Murray 1934: 94). Los sabios tocan aquellos fundamentos que son oscuros, secretos, misteriosos para los no sabios; lo más profundo, lo que está “más allá”. ¿Que Bacon estudiaba las Artes Ocultas? “Sólo hay ciencia de lo oculto”, afirma Bachelard (*cf.* Gernet 1980: 356). Ya Heráclito había dicho:

“Aunque el *lógos* es común, la mayoría vive como si tuviera una inteligencia particular” (cf. Kirk, Raven y Schofield 1987: 273-4).

A lo largo de los siglos no sólo los científicos han contado como sabios en nuestra tradición. Entre estos figurarán los grandes estadistas y juristas. El juez Bías de Pirene y los estadistas Quilón de Esparta y Solón de Atenas ya aparecían, junto al ‘científico’ Tales de Mileto, en la lista canónica de los Siete sabios de Grecia y entre los de la Antigüedad hay que contar a Moisés y a Salomón. Un sabio legislador o estadista también es aquel que accede a lo que está más allá. En toda gran legislación y proyecto de estado hay una concepción de lo grande de la historia y de los pueblos, y una penetración en lo recóndito de las motivaciones humanas y de la individualidad. Napoleón, que jugaba con naciones y con la vida y destino de multitudes, afirmaba con otras palabras que los estadistas eran buzos de la intimidad. Además, en toda ley hay algo más que un medio de control; hay una aspiración de deber ser, una utopía, un paisaje de otro mundo distinto, mejor o superior. Los juristas y estadistas han sido filósofos de Utopías, Nuevas Atlántidas o de una Constitución. Esos mundos, hayan resultado ser siniestros o risueños (los de los políticos casi siempre han resultado ser siniestros), tal cual ha pasado con los de los sabios de las ciencias, con respecto del mundo donde se vive han estado “más allá”.

Salvo la frase entre paréntesis, algo similar hay que decir de los artistas. Con frecuencia reconocemos al sabio en el gran jurista o estadista; menos frecuentemente llamamos sabio al artista. Sin embargo en otros tiempos no fue así y, sin hablar de Leonardo, puede demostrarse que a su manera Bach fue un prodigioso calculista; Rameau un estudioso de la acústica; Durero un geómetra, un naturalista y un anatomista; Goya un etnógrafo, un psicólogo y un historiador.

Eso, para no mencionar entre nosotros a las láminas de la Expedición Botánica, la Comisión Corográfica o las acuarelas de Torres Méndez y Mark.

La fuerza expresiva de Picasso, de Rodin y de Stravinski fue el resultado de su genio imaginativo, pero así mismo de la rigurosa experimentación con su medio y con su propia sensibilidad; la de Paganini, Menuhin, Nijinski e Isadora Duncan lo fue de su dominio técnico, pero igualmente del afinamiento extremo de sus capacidades perceptivas y de la superación de barreras muy similares a aquellas que se oponían a Harvey cuando investigaba los latidos del corazón. El refinamiento del intérprete de la música y de las artes escénicas desborda muchas veces la comprensión del lego, en análoga forma a lo que sucede con el genio científico. A propósito de artes nigrománticas: de Paganini y de Nijinski se alcanzó a decir que habían hecho pacto con el Diablo; hay leyendas similares sobre actores de teatro. Su arte era como el de Bacon: pertenecía al más allá.

Cabe considerar a los grandes artistas entre los sabios al lado de los hombres de ciencia. De hecho, las fronteras que separan el descubrimiento de la creación y el arte de la ciencia, allí donde aparecen, son difusas. Para el arte-ciencia, Leonardo es de nuevo un paradigma (basta con mirar su *Virgen de las rocas*), pero junto al suyo cabe mencionar muchísimos nombres más: Messene, por ejemplo, hizo ciencia de la música. Sobre la ciencia como arte hay que escuchar a los científicos: a Rutherford cuando dice que “el proceso del descubrimiento científico debe ser registrado como una forma de arte” (cf. McAllister 1999: 14); a Hardy cuando afirma que “no hay lugar permanente en el mundo para la matemática fea” (1967: 86) y, en cuanto escapar el arte y la ciencia a las contingencias simples de la existencia, a Erwin Schrödinger:

El juego, el arte y la ciencia son esferas de la actividad humana donde la acción y el propósito no tienen como regla estar determinados por los fines

impuestos por las necesidades de la vida; y aún en las circunstancias excepcionales en que este es el caso, el artista creativo y el investigador científico pronto olvidan este hecho, porque en realidad deben olvidarlo si quieren que su trabajo prospere (1957: 28).

Para mostrar que también los grandes talentos artísticos acceden a mundos extraordinarios fuera de las dimensiones de la vida corriente, la mención de El Bosco, de Picasso, de Fellini, o de Gaudí, es casi trivial. De lo que hacían Bach o Mozart no hay más que repetir que “la música es otro planeta” (Daudet); los músicos nos hacen viajar hasta ese abstracto planeta que sólo ellos son capaces de inventar. Inventar: los artistas inventan y crean; también inventan los ingenieros, los científicos y los estadistas, y hay un “rol ... de la intuición y la imaginación en la investigación científica”, como sostiene Luis De Broglie (1960: 347, ss.). Descubrir, inventar o crear significa abrir horizontes; ir “más allá”.

Como la obra de arte es inseparable de su proceso de creación, lo del acceso a mundos extraordinarios vale tanto para lo que el artista produce como para lo que considera y percibe: Velásquez, Gaudí y Fellini fueron también analistas de la luz; Alberti y Monet, al igual que Darwin, vieron regularidades y formas invisibles para sus contemporáneos; Schoenberg en el siglo XX y quienes introdujeron la polifonía en el siglo IX, al igual que Merseburger, hallaron música en formas sonoras que no habían sido descubiertas por los demás.

De la misma manera, en cuanto que viajeros a reinos desconocidos y a dimensiones ocultas, entre los sabios están el literato y el poeta: el vate Cleóbulo de Lindos era otro que aparecía en la lista arquetípica de los Siete Sabios de Grecia. Y, ¿no construyeron un mundo insólito o nos revelaron lo insólito del ordinario los exploradores de Elsinor, Macondo y Liliput?

Sabios son aquellos que construyen y exploran mundos ajenos para los demás. Hasta cuando ya no se trata del arte puro ni de la pura ciencia sino de resolver los problemas de la vida práctica, el sabio ingeniero o el sabio estadista es aquel que sabe inventar e imaginar. Sabios son aquellos capaces de inventar máquinas voladoras y de escuchar música en el zumbido de una mosca. Aunque los sabios pueden aparecer y prosperar en muchos lugares, desde por lo menos el siglo de Roger Bacon nuestra sociedad ha esperado que haya sabios en la universidad.

Mitos, barbas y caricaturas

Como he dicho antes, hay una conexión entre nuestras ideas de sabio y de universidad. Ese nexo se revela con especial claridad en nuestras más espontáneas actitudes. Las actitudes más espontáneas con frecuencia descubren lo más hondo de nuestro ser cultural. Hoy tenemos nuestros propios sabios, pero la arqueología de nuestro ideal de sabio tiene muchos estratos; en los más profundos se reconoce la vigencia de invariantes que vienen desde de la antigüedad. Uno de ellos, que parece superficial pero que dice mucho, es el que toca con la apariencia exterior que le atribuimos a los sabios. Para el propósito de este trabajo ese invariante tiene una cierta importancia etnográfica, porque se da la coincidencia de que la apariencia exterior que le atribuimos a los sabios coincide con la que le atribuimos al hombre de universidad.

Precisamente porque pocos son los sabios que pueden ver lo que está más allá de la apariencia, la generalidad de los seres humanos depende de la apariencia para reconocer a los tipos humanos de su propia sociedad. Shakespeare y Erasmo, dos sabios, entendieron que la sociedad era como una puesta en escena de una obra de teatro, en la cual todos somos actores y cada quien lleva su máscara: su máscara de rey o de mendigo, de acolito o de cardenal. En esa obra de teatro hay una máscara de sabio, y los no sabios, al menos a primera vista, reconocemos al sabio por su máscara. Los antiguos griegos también consideraron el teatro como un modelo de la vida, y sus tragedias y comedias eran juegos de máscaras. Los romanos llamaron a la máscara *persona* y ese vocablo sirvió para designar a la persona moral, la persona política, jurídica y social, con la acepción que tiene para nosotros la palabra 'persona'; el término latino de 'persona' hasta se conectó con apodo y apellido (cf. Mauss 1971: 106). En las culturas, las personas humanas se distinguen unas de otras, como los actores griegos, por su máscara mítica y ritual. Así Shakespeare, para quien los caracteres de su obras eran, como se decía entonces, *dramatis personae*, podía concebir "un reino por teatro y príncipes por actores". Uno de esos actores en el tablado de la sociedad ha sido el sabio y en él aparece con su máscara; esa es su persona dramática y cultural. El sabio, no importa qué tan actual sea él, porta en el escenario cultural una máscara muy, muy vieja.

El antiguo mito del sabio compuso para el paradigma de ese tipo humano una fisonomía que sigue vigente. Hubo desde el pasado más remoto un rostro para el sabio y ese rostro se preservó a través de los siglos, fuera para Moisés o Néstor, para Fausto o Próspero, para Darwin o Leonardo, para Merlín o Jonás. El mito del sabio depuró una máscara, una iconografía que aún perdura: "el santo icono" del Darwin viejo de 1870 -con su luenga barba blanca, su gran capote oscuro y su

mirada adusta y distante, que reemplazó al rubicundo hombre de patillas a quien llamaban “capellán del Diablo” (cf. Desmond & Moore 1991: ill. 91)- es casi idéntica a la del autorretrato de Leonardo; y Leonardo –se dice- fue el modelo copiado por Rafael para pintar a Platón (cf. Friedenthal 1986: 128). A juzgar por los frescos de Rafael, Platón se asemejaba a Sócrates. La imagen de Sócrates podría ser la de cualquiera de los Siete Sabios de Grecia. Las copias romanas de los bustos griegos de Sócrates, Antístenes, Crísipo y Epicuro, que componen la galería de filósofos griegos del Museo Británico, parecieran haber sido esculpidas siguiendo un mismo patrón: todos son viejos, llevan barba y tienen adustos semblantes; contrastan con la galería de los héroes jóvenes e imberbes, cuyo rostro juvenil se asociaba en la Antigüedad con el comportamiento disoluto y la superficialidad (Walker 1995: 82).

No es este el lugar para hacer un examen más detenido de este aspecto, pero, para nuestra cultura y para otras hay un curioso nexo entre la barba y la sabiduría. La melena de Einstein ha sido una variante de la barba cana que ha tenido su lugar en la historia, aunque es la barba la que ha dominado la representación. Se dice que Cómodo, el emperador de Roma, se dejó crecer la barba como su padre Marco Aurelio para adquirir un aire de sabiduría. Marco Aurelio, por su amor a la sabiduría y en contra de la moda, se había dejado crecer la barba para imitar a los griegos. Adriano fue el primer emperador en llevar una barba completamente crecida, “era extremadamente afecto a la cultura griega y, como los poetas, filósofos y estadistas griegos del pasado aparecían con barba, pudo haber escogido deliberadamente llevar una barba también él” (Croon 2000: 65). Fue a partir de Adriano que la barba imperial se fue alargando: una más larga era la que lucía Septimio Severo; la de Marco Aurelio lo era todavía más (*ibid.*).

Eso no pasaba sólo con los emperadores: “Los estudiosos clásicos estaban bien conscientes de que una barba en la Grecia arcaica y clásica significaba madurez y sabiduría” (Walker: 1995: 82). Por siglos, la máscara del sabio ha incluido una barba blanca, como la de un profeta del Antiguo Testamento. También ha mostrado la larga capa, el gran bastón, la avanzada edad y el retraimiento de un druida o de un eremita medieval.

Aún más; cuando buscamos la figura del sabio en una cultura distante, tratamos de localizar largas barbas, canas y bastones entre la multitud de sus personajes. Para quien ve sus retratos, Rabindranath Tagore y León Tolstoy casi no se pueden diferenciar (y compárense con Darwin); los ‘sabios chinos’, grupos de figuritas de arcilla que se venden en cualquier tienda oriental, salvo quizás por los ojos rasgados pudieran hacerse pasar como retratos de Tagore conversando con Tolstoy. Decía arriba que hasta en otras galaxias buscamos inconscientemente esa figura cuando nos trasladamos a ellas con el cine y las tiras cómicas, como si esa máscara fuera suficiente garantía intergaláctica de que no nos vamos a equivocar. Y tal vez no nos equivoquemos: no es difícil imaginar la barba del Melquíades que visitaba a Macondo y, si los indígenas americanos no tenían barba, sus sabios han tenido la melena de los sabios de otras partes, el largo bastón del eremita, su mirada profunda y su avanzada edad. Más o menos lo mismo ha ocurrido en África y en Australia.

Por supuesto que esa es la máscara paradigmática del sabio paradigmático; en la vida los atributos conferidos por el mito unificador suelen acomodarse a la mayor diversidad de la vida real: las fotografías de Edison y Lister recuerdan más al dueño de una cervecería que a un científico genial; los retratos de Harvey lo muestran afeitado y tampoco aparece con barba en los suyos ese otro paradigma de sabio que fue Erasmo de Rotterdam. Sin embargo, este último ejemplo no le

quita validez al punto que discuto sino que, al contrario, lo refuerza: a la manera de los estudiosos antiguos, Erasmo estaba consciente de la relación entre la barba, el ceño adusto y la sabiduría. Lo que pasaba era que él era suficientemente sabio como para no confundir la máscara de sabiduría con la sabiduría; en eso, precisamente, estaba su más grande sabiduría. Decía en el

Elogio de la locura:

..dadme uno que sea tres, cuatro o si se quiere mil veces estoico, y tened la seguridad de que, si no consigo que se corte su barba, atributo de sabiduría, que comparte con los machos cabríos, por lo menos lograré que desarругue el entrecejo y alise la frente (XI).

Y también:

Avanzan los filósofos, respetables por la barba y la capa, que dicen ser los únicos que saben y ven en el resto de los mortales sombras flotantes (LII).

Ese icono del sabio se completará con signos indescifrables, raros instrumentos, palabras extrañas: el viejo distante, aislado, rodeado de lo incomprensible, ha sido la imagen de esa *persona* por muchos siglos en nuestra sociedad. Leonardo o Darwin servirían de modelo para encarnar a Próspero, a Néstor, a Fausto o a Merlín. Ese carácter con su peculiar silueta aún persiste en nuestro mito y en nuestra práctica ritual: rostros muy similares a los de Leonardo y Darwin habrán de ser dibujados por Disney o por Quino en cualquier caricatura en donde figure un sabio; aparecerán en los cuentos de hadas, en la ***Guerra de las Galaxias***, las aventuras de Harry Potter o ***El Señor de los Anillos***, que hoy están en las carteleras de los cines; en el arte gótico, renacentista, barroco, romántico; en las novelas, las óperas, los poemas, el teatro. El sabio es *El eremita* en ese repertorio de mitos dibujados que es el ***Tarot***. Ocasionalmente, hasta en Disney y en el ***Tarot*** aparecerá Einstein con su melena, pero es que Einstein -así sucede con los

mitos- vinculó su estampa a la de la sabiduría y consiguió que su melena se arraigara en la iconografía popular. En la vida ordinaria, esos rostros de sabio se verán, característicamente y en lo vivo, en los círculos intelectuales y, particularmente, en la universidad.

Es aquí donde la apariencia del sabio tiene importancia etnográfica para este trabajo. En nuestra época vemos la máscara modelada por la cultura para caracterizar al sabio que deambula por el *campus* de cualquier universidad. Sobra decir -y más ahora- que en las universidades pueden verse muy diversos atuendos y fachas, pero la de luenga barba, traje oscuro, ceño adusto y mirada distante es la imagen propia del universitario maduro y, sobre todo, la de su representación abstracta, mítica; la de su ser indeterminado; la de su entidad variable -pudiéramos decir pidiendo en préstamo el concepto matemático- en la emblemática cultural. En algunos lugares la toga ha reemplazado a la capa y en otros se convirtió en la bata de laboratorio. El bastón de eremita sí fue arrollado por la civilización industrial; a cambio, la tecnología le concedió al sabio los anteojos (de aro metálico, ojalá).

Esta afirmación parece una caricatura y es, en efecto, sobre un estereotipo y una caricatura; pero una caricatura es algo serio y revelador. Insisto: el poder de la propia cultura se descubre al separarnos de ella para mirar como desde afuera lo que siempre hemos tenido en lo inmediato, lo que nos ha sido dado con tal evidencia que ni siquiera hemos podido notar. Eso sucede cuando examinamos las caricaturas: una caricatura siempre condensa un mito; un mito que es una forma del sentido común de un deber ser cultural. Afirma Ernest Gombrich:

Una de las cosas que el estudio de las caricaturas o tiras cómicas (*cartoons*) revelará con gran claridad es el rol del poder de la imaginación mitológica en nuestro pensamiento político y en nuestras decisiones (1985: 129).

Y así es: la caricatura depende de la eficiencia del trazo que allí no puede equivocarse, porque caricatura significa simplicidad y economía. Los intérpretes de la caricatura reconocen a partir de unos pocos trazos eficientes lo que con ella se dice. Esos trazos son decodificados según su sentido común cultural, según su mito; mito que comparten con el creador de la caricatura y hasta con el modelo de la caricatura. Pues bien; examínense las tiras cómicas: la caricatura del sabio, de ese sabio que hemos venido caracterizando, es la misma que la del profesor de una universidad. Cuando Quino quiere dibujar un sabio de nuestra época dibuja un profesor universitario y cuando quiere dibujar un profesor universitario dibuja la figura que se dibujaría para caracterizar un sabio. Lo mismo ha hecho Disney, y el creador de Tin-tin y el de Dick Tracy y el de Roldán el Temerario. Y la multitud de lectores de las tiras de Disney, Hergé y Quino, reconocen *automáticamente* ese carácter sintético. En una biografía de Darwin distinta de la arriba citada, escribe su autor:

La imagen que nos ofrece Darwin en la edad madura es la de un hombre encorvado, calvo, con barba corrida, rostro colorado y animado, frente arrugada, ojos azul-grises, cejas pobladas: el aspecto de un universitario (Prenant 1969: 33)

Y muchos profesores universitarios de muchos lugares tienden a parecerse algo a él.

Suena trivial, pero hay una razón profunda para ello. Ese gran teórico de la iconografía que es Gombrich estaría probablemente de acuerdo con esta observación etnográfica: la equivalencia entre la caricatura del sabio y la del profesor es una evidencia de que, en nuestro mito, la idea de sabio tiende a identificarse con la del profesor de una universidad. Es que –aquí está el

contenido profundo- se supone que en la universidad están los sabios o los *filósofos* de ahora, los amantes de la sabiduría; es que la institución que fundó nuestra cultura para satisfacer su necesidad de sabios fue, específicamente, la universidad.

El Calmécac, la Academia y la Universidad

Nuestra cultura fundó la universidad para satisfacer su necesidad de sabios. Esa necesidad de sabios es de todas las culturas; es universal. En la ***Historia Antigua de México*** [1781], escrita por el jesuita Francisco Javier Clavijero, se lee lo siguiente en el apartado donde describe los edificios anexos al Templo Mayor que vieron los españoles a su llegada a Tenochtitlan:

Los colegios de los sacerdotes y los seminarios que había en el recinto de aquellos templos eran varios; en particular sabemos de cinco colegios o monasterios de sacerdotes y de tres seminarios de jóvenes y de doncellas (1991: 162).

Clavijero utilizaba el término 'colegio' al lado de los de 'seminario' y 'monasterio' para describir a los grandes centros de educación de los nahuas: el *telpochcalli*, dedicado al terrible dios Tezcatlipoca, donde se educaba la mayoría del pueblo en las generalidades de la religión y la moral y se le adiestraba para la guerra, y el *Calmécac*, donde se preparaba a quienes serían luego los gobernantes, los sacerdotes y los sabios. Esos sacerdotes y sabios eran los especialistas en pronosticar los períodos de lluvia y de sequía, establecer los calendarios para los rituales y la agricultura, perpetuar el conocimiento del pasado, adorar a las divinidades y conseguir su favor para los hombres. Eran los herbolarios, calculistas, astrónomos e ingenieros que aún nos sorprenden con la finura de sus códices y con su arquitectura y escultura colosales.

Clavijero llamaba 'colegio' al Calmécac y le daba a ese término el sentido que tenía en su época el de 'colegio mayor': "casa instituida para criarse... hombres provecos, que leen en las escuelas y rigen cátedras", según decía Sebastián de Covarrubias en el **Tesoro de la lengua castellana o española** [1611] (1994: 332). Otros cronistas, como Alva Ixtlilxóchitl, llamarían 'universidad' a la institución educativa nahua (cf. Martínez 1992: 39, ss.).

Ese vocabulario no era desmedido ni equivocado. En los años previos a la conquista española, los sabios del Calmécac, los *tamacazque* o *tlatinime*, "así astrólogos como de más artes... trataron de muchas cosas, así de sucesos y calamidades que tuvieron, y movimientos de los cielos desde la creación del mundo como de otras muchas cosas" (Alva Ixtlilxóchitl *cit.* en Martínez 1992: 297-8) y, a quienes allí ingresaban, además de la ascesis y los rigores de una férrea disciplina,

... les enseñaban todos los versos de canto, para cantar, que se llaman divinos cantos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres; y más les enseñaban la astrología indiana, y las interpretaciones de los sueños y la cuenta de los años (Sahagún **Historia general de las cosas de Nueva España** [1569] III, viii, 16 (1981: 307).

El Calmécac, del cual había varios institutos en Tenochtitlan, era entre los mexicanos el centro para la "educación superior" (Garibay), y pudiera decirse que equivalía a lo que los europeos llamaban la 'universidad'. Por los largos corredores del Calmécac, a los cuales hacía alusión ese vocablo nahuatl, discurrían maestros y discípulos que hablaban de las cosas de la tierra y de las del más allá. Las gentes corrientes veían a esos hombres como las de Europa veían a sus sabios, como a seres extraños, extraordinarios, y depositaban en ellos toda su confianza: necesitaban creer en que de verdad sabían y podían guiarlos en el mundo y en su relación con los seres divinos, ante quienes debían orar y sacrificar. Al igual que el

de Roger Bacon, el saber de esos sabios era esotérico; solamente los *tlamatinime* podían interpretar los códices y transmitir su conocimiento a través del Calmécac (Martínez: 1992: 300).

Quetzalcoatl, la serpiente emplumada y dios del viento, era el patrono de los Calmécac. La representación de este dios, sabio y asceta por antonomasia, tenía un cuerpo que se aferraba al suelo como se aferran al suelo las serpientes (*coatl*) que -dicen los especialistas- representaban lo ctónico, lo material, lo oscuro y lo mortal. Al contrario, las plumas que cubrían ese cuerpo de serpiente (*quetzal* significa “de plumas iridiscentes”) indicaban el cielo de las aves, el aire, la luz, el sol que da la vida y lo que llamaríamos ‘espiritual’. Quetzalcoatl era la serpiente que aspira al cielo y también el ave que aspira a ser de la tierra (Piña Chan 1992: 18, ss.; Séjourné 1962: 23, ss.). La divina conjunción de la dura, oscura tierra, con el luminoso, etéreo cielo, tutelaba, pues, el Calmécac.

Tampoco en eso estaban los mexicanos demasiado lejos del sentido que había tenido la sabiduría en Castilla y en Europa desde los más antiguos tiempos. “*Pedes in terra ad sidera visum*” es la frase latina adoptada como lema por la Academia Colombiana de Ciencias. Esa frase alude en últimas a aquella leyenda que cuenta que Tales cayó en un pozo cuando trataba de ver las estrellas (Diógenes Laercio **Vida de eminentes filósofos** I, 34 (1972: 34)). Algo de lo que dice esa sentencia -que los hombres debemos mirar hacia los cielos sin olvidarnos de que estamos en la tierra- se señalaba en el México prehispánico a los novicios de su Calmécac. Allí, quienes intentaban ser sabios debían preguntarse como en el poema del sabio Netzahalcóyotl (1402-1472): “¿Habré de erguirme sobre la tierra? ¿Cuál es mi destino?” (Martínez 1992: 197).

He mencionado nuestra Academia de Ciencias; pudiera decirse que el Calmécac era una academia y, viceversa, que la Academia de Atenas era un Calmécac. Ese lugar donde Platón fundó su escuela, que estaba, según dicen, rodeado de altos árboles y tenía espaciosos corredores, también escuchó a ese pensador y a sus discípulos discurrir sobre los dioses y sus poderes, sobre los orígenes de los tiempos y la naturaleza del hombre y de la sociedad; les oyó hablar de la materia y del espíritu y de la vida y de la muerte y de la luz y de la oscuridad. También vio a unas gentes maduras indicarle con su dedo a otras más jóvenes la ruta de las estrellas y los planetas en los cielos, y apuntar -como dice Diógenes Laercio- a “la que una vez vivió como estrella de la mañana, brillar ahora muerta, como Héspero, desde más allá” (*Vidas de eminentes filósofos* III, 29 (1972: 305)). Los especialistas han señalado que, en México, Quetzalcoatl era Venus, la estrella que aparecía en el Poniente en la mañana y que luego se hundía y seguía la ruta de los muertos para aparecer en el Oriente al apagarse el sol (Piña Chan 1992: 33). Quetzalcoatl era el Hesperus y Phosphorus de los griegos de la Academia. En la Academia, en Atenas, los sabios seguían en el firmamento la ruta de la misma Venus luminosa que observarían en otro continente los *tlamacazque* del Calmécac.

Así como la del Calmécac, la disciplina de la Academia era rigurosa, pues con ella se preparaban aquellos que debían elevarse sobre sus propias debilidades; sobre sus ataduras a la tierra. En ambos institutos eran estudiados los códices que venían de los tiempos viejos, cuyo contenido habría de transmitirse a los otros sabios de las otras generaciones. Más allá de sistemas formales, la Academia desempeñaba en Atenas las funciones culturales que le encomendarían a sus sabios los habitantes de Tenochtitlan.

Cuando admitimos que un nombre propio es por antonomasia equivalente al de una calidad, tenemos que ese nombre es el paradigma de un mito; del mito que fija culturalmente el sentido de esa calidad: Leonardo es un paradigma de sabio porque podemos decir con pleno sentido que alguien “es un Leonardo” para decir que es un sabio. La alquimia del mito refinó y condensó en el nombre propio de ese individuo que fue Leonardo el valor de esa calidad, y ‘Leonardo’, antes un nombre propio de un preciso individuo, paso a ser aplicable a cualquier individuo que tenga esa calidad. Leonardo es un paradigma, un ejemplo excelso, económico y preciso de nuestro mito de sabio. Eso ocurrió con el nombre de Academia; ‘Academia’, antes aplicable tan sólo a un particular instituto, ha pasado a ser entre nosotros el nombre de cualquier instituto que reúna una cierta calidad. Establecer el significado de esa calidad equivale a determinar el significado de ‘institución para la sabiduría’ o, cuando menos, ‘para el alto saber’. Por eso es por lo que podemos decir que el Calmécac era una Academia. Pero si fuéramos mexicanos antiguos, el primero y no la segunda sería nuestro paradigma y, en vez de decir que el Calmécac era una academia, diríamos que la Academia era un Calmécac.

De estas idas y venidas de los nombres resulta algo que tiene que ver con lo que decía más atrás: son sus propios sabios y sus propias instituciones de sabiduría quienes le suministran a un pueblo el paradigma de su propia sabiduría. Si no es así, el paradigma de ese pueblo será el de *otra* sabiduría. Una de las consecuencias que esto trae es que un pueblo será dueño de sí mismo si reconoce sabios entre sus propias gentes y en su propia historia. Y, para que un individuo o una institución alcance la estatura paradigmática de la sabiduría de su pueblo o de su cultura, se necesita que ese pueblo o esa cultura admita que tales individuos o instituciones, en materias de comprensión y conocimiento, están “más allá”. Que están más allá de lo ordinario de la comprensión y del conocimiento;

más allá de la generalidad. Que, en términos de Platón y de Netzahualcóyotl, se levantan sobre su mera terrenidad.

Las personas y los pueblos parecen o son esclavos de la naturaleza o de otros hombres cuando no son dueños intelectuales de sí mismos, porque solamente siendo intelectualmente dueños de sí mismos pueden saber quiénes son, cuál es su historia, cuál es su territorio, cuál es su universo, cuáles son sus recursos y cuál es su necesidad; e igualmente, comprender cuáles son sus limitaciones y peligros, y cuáles son los rumbos que no deben seguir y las empresas que por necias, fútiles o desproporcionadas no deben acometer. De allí que, para todas las culturas, los sabios y algo como el Calmécac o la Academia es una necesidad.

Todas las culturas necesitan de sabios: de aquellos que tienen la capacidad de trascender las fronteras de lo cotidiano y de lo ordinario y, así, de establecer la continuidad del grupo a lo largo de tiempo que se prolonga más allá de la experiencia de la vida de los individuos, es decir su continuidad; de marcarle a ese grupo un territorio en un mapa que desborda lo visible; de desentrañarle las razones y las causas ocultas de lo que ocurre; de leerle las señales en el universo; de avizorar su futuro y su destino; de ayudarle a distinguir en los contextos más amplios y más confusos lo que es anodino de lo que es importante y lo que está bien de lo que está mal. Cuando uno se ocupa de producir lo indispensable para la vida, no siempre puede detenerse en aquellos asuntos que son demasiado generales o distantes, ni en hacerse preguntas que parecen gratuitas por la urgencia del momento. Pero en una cultura es indispensable que algunos se pregunten por lo que no es inmediato y hasta por lo que parece gratuito, y se necesita que alguien se encargue de hacerse esas preguntas en beneficio de la sociedad.

El la ***Tira de la peregrinación*** del ***Códice Boturini***, unas diminutas huellas de pies desnudos marcan la ruta seguida por los mexicas desde las tierras de Aztlan hasta la laguna de México donde fue fundada Tenochtitlan. El itinerario seguido por esos pequeños pies marca las estaciones y los incidentes de ese largo viaje: su paso por Cóatl Icómac (el lugar donde sale la serpiente), Atlitalquian (donde se cuela el agua), Xoltocan (lugar de la arañas). A la llegada de los españoles, nadie quedaba entre los aztecas que hubiera podido decir que había hecho esa marcha o que hubiera dado uno de los pasos pintados en el Códice. Sin embargo, esa era la historia de esa nación y el mapa de su territorio. Siglos antes y al otro lado del océano, ninguno de los griegos de la Academia había participado tampoco en la guerra de Troya ni había visto en toda su amplitud el cosmos descrito por Hesíodo y Homero, y ninguno de los hombres del Israel de Josefo había hecho ese otro penoso viaje que relata el ***Éxodo*** ni había sido capaz de ver, en la escala del ***Génesis*** y del ***Libro de los Jueces***, las magnitudes de la creación. Pero esas culturas no hubieran sido lo que fueron sin esos libros y esos códices, o sin los sabios que les contaron las historias pasadas y les describieron el mundo que con los ojos de su época no alcanzaban a abarcar.

¿Quién de nosotros ha visto el universo que nos describe Einstein o ha sido espectador de la historia de la biología que nos relata Darwin? ¿Quién de nosotros ha concido siquiera a Flavio Josefo, a la Atenas antigua o el antiguo Tenochtitlan? Basta con el hecho de que las culturas se inserten en los grandes espacios y en las largas duraciones para que requieran de unos especialistas que trasciendan las escalas de magnitud de la vida ordinaria y comprendan de dónde se viene, a dónde se ha llegado y para dónde se va. Pero dentro de las escalas de lo inmediato y lo local es que se desenvuelve su vida cotidiana. Entonces en las culturas debe haber unos sabios o sabedores en quienes confiar.

Quizás esa es la razón por la cual los pueblos y las culturas han considerado con tanto aprecio a sus sabios y a sus instituciones del saber. Así ha sido, al punto de que los sabios y sus instituciones se han elevado a las cumbres de lo sagrado en muchas sociedades, si no en todas. En todas partes los sabios han sido investidos de mucho poder.

Quetzalcoatl era un dios sabio y un dios de la sabiduría; de la misma manera, los atenienses tenían sus dioses de la sabiduría, y los Siete Sabios de Grecia, Sócrates, Platón y la Escuela de Atenas pasaron por una apoteosis -eso es lo que representa el fresco de Rafael. Los profetas del **Antiguo Testamento**, los sabios reyes como Salomón, los sabios magos como Merlín y San Cipriano, han sido seres sobrehumanos o han estado rodeados de cosas sobrehumanas. Ente nosotros, Roger Bacon, Leonardo, Rafael, Harvey, Darwin, Einstein, Galileo, Bach y Tolstoi han ganado la inmortalidad.

En el país de Tagore, en el “Uttara Kanda” del **Ramayana**, el mono Hanumán era un ser dedicado a la investigación y poseedor de un gran conocimiento, tal, “que guardaba en su bien entrenada memoria el completo **Rig-Veda** y la sabiduría del **Yadyur** y **Sama Veda**”, los cuales recitaba “en toda su extensión sin romper ninguna regla”:

El jefe de los monos, sin medida, buscando la gramática, mirando al sol, doblado en el estudio, iba desde la montaña donde el sol se levanta hasta donde se pone, aprehendiendo la poderosa colección. El jefe de los monos es perfecto: nadie lo iguala en el dominio de las Sastras, en el saber y en descifrar el sentido de las Escrituras. En todas las ciencias, en las reglas de austeridad, él rivaliza con el preceptor de los dioses (**Ramayana** iv 25) (Cf. Wilkins 1975: 405).

Así pues, en la tierra de Tagore, la sabiduría era extraordinariamente venerada, y el mono Hanumán, uno de sus paradigmas de sabiduría, se asemejaba mucho al ideal de los sabios de la Academia, el **Antiguo Testamento** y el Calmécac.

Es innecesario extenderse para hablar del Antiguo Egipto, de los caldeos, de la China, de Japón o de Corea; de los árabes o persas. Ni de los incas o de los mayas; de los kogui o de los dogón. La necesidad de sabios ha sido también propia de las culturas ágrafas. Escribe el antropólogo Paul Radin:

Hay pocas dudas de que todos los grupos humanos, desde tiempos inmemoriales y sin importar qué tan pequeños han sido, han tenido individuos que por su temperamento e intereses han debido ocuparse de los problemas fundamentales que llamamos filosofía (Radin 1957: 20).

Y, dado que “no es menos evidente que nunca pudo ser grande el número de esos individuos” (*ibid.*), también ha sido propia de esas culturas una respetuosa actitud ante los sabios. ¿No es eso lo que ha hallado para su asombro la cultura de Occidente en todo pueblo de todo lugar? Radin relata un caso que es suficiente para dar cuenta de los motivos de la aludida disposición: un indígena norteamericano, a quien sus enemigos habían obligado a refugiarse en una cueva, sintiéndose en gran peligro resolvió hacer una ofrenda de tabaco e improvisar una oración, pues, siendo un guerrero pero no un conocedor de los ritos, ignoraba los medios tradicionales para dirigirse a los espíritus. Cuando recordaba que a pesar de su ignorancia los espíritus lo habían puesto a salvo, le decía al antropólogo: “Que lo expliquen los sabios. Lo que yo se es que me acosaban mis enemigos, busqué refugio en una cueva, mis enemigos se fueron y aquí estoy” (Radin 1957: 52).

“Que lo expliquen los sabios”: la actitud de ese hombre era la misma que asumimos en nuestra cultura ante la enfermedad o la curación cuando no somos médicos; ante el clima, cuando no somos meteorólogos; ante los eclipses, cuando no somos astrónomos; hasta ante nuestros impulsos y emociones íntimas cuando no somos psicólogos. Todos somos como ese indígena de Norte América: admitimos que en muchos campos hay otros que “saben más”.

Como en la universidad está nuestra principal Academia, la actitud de ese indígena es la que hemos asumido en Occidente ante quienes enseñan, estudian y se gradúan en la universidad.

Autonomía y autoridad.

Decir “que lo expliquen los sabios” es tanto como hacer un reconocimiento de su autoridad. Pero, en la cultura, la autoridad del saber es paradójica pues, cuando quienes reconocen la autoridad de los sabios son los que no son sabios en lo que aceptan que el sabio es sabio, ese reconocimiento no descansa en el saber sino en alguna otra forma de confianza. Porque, ¿cómo puedo yo saber que alguien sabe lo que yo no sé? Y, sin embargo, de la autoridad del saber de los que saben sobre los que no saben depende en gran medida la sociedad. Cada vez que alguien acude a un maestro para aprender de él se produce un hecho que contiene esa paradoja: sólo tiene sentido que se busque a un maestro porque se ignora lo que él sabe. Lo mismo pasa cada vez que, desde la ignorancia, alguien acude a un especialista cualquiera por su conocimiento, ya que, de nuevo, ¿cómo puede saber alguien que otro sabe lo que él mismo acepta no saber?

Joseph Bochenski ha insinuado esa desconcertante relación entre autoridad y saber y, en su *Logic of Religión* (1965: 122, ss; cf 1979), llama ‘confianza’ (*trust*) a esa actitud hacia los que suponemos que saben. Esa actitud es, repito, la del indígena informante de Radin y también la de todos incluyéndonos nosotros. Bochenski ha situado esa confianza en los cimientos de nuestra sociedad, “puesto que el hombre moderno tiene que apoyarse –y esto es más y más importante con el progreso de la especialización- en la autoridad de los expertos en varias disciplinas teóricas y prácticas” (1965: 122). En verdad, ¿cómo sabe el

biólogo que acude al químico que el químico sabe la química que él ignora y que le impulsa a incorporarlo en su equipo de investigación? ¿Cómo sabemos los legos que nuestro médico sabe medicina? Bochenski habla entonces de una justificación 'inductiva' de ese tipo de confianza ("para toda x, si x es un buen doctor, lo que x diga a propósito de la enfermedad de un paciente que ha examinado cuidadosamente debe ser aceptado como verdadero" (p. 123)), y también de una creencia fundada en el examen de algunas propiedades de la persona en quien se confía (*ibid*).

El autor se limita al examen lógico y se detiene cuando en el análisis aparecen las emociones (p. 124). Desde una perspectiva antropológica el asunto compromete algo más que un problema lógico, y se convierte en fundamental cuando llega al reconocimiento de la autoridad, ya no solamente de los especialistas sino de los sabios; de los sabios en un sentido más pleno: en el sentido de que trascienden las escalas que determinan el mundo de la gente en general, y de que son capaces de fundar para las culturas sus sistemas de referencia y abrirles horizontes que no habían vislumbrado jamás. Si los sabios son, en efecto, los que llegan "más allá", para que el papel de los sabios en la cultura pueda realizarse, éstos necesitan que la cultura deposite en ellos una 'confianza' extraordinaria; esa clase de confianza que tenían los griegos o los hebreos en sus sabios, los mexicas en el Calmécac y los hindúes en Hanumán. Pero ¿en qué individuos depositar esa confianza? ¿Cómo reconocer al sabio y al que sabe sin ser sabio y sin saber?

En muchos casos, por supuesto, puede aceptarse que alguien es sabio, o al contrario, que aunque pretenda ser sabio no lo es, por el efecto de sus predicciones o de sus consejos; por 'inducción' a partir de resultados, como diría Bochenski. Sin embargo, ese tipo de reconocimiento, cuando se trata de lo que

está “más allá” y no se alcanza a valorar en lo local ni en lo inmediato, de no ser hecho por sabios conduce a la misma pregunta ¿cómo, sin ser sabio, verdaderamente reconocer?

El saber es soberano: en el límite, solamente los sabios pueden saber quiénes son los sabios y si alguien que no ha sido considerado sabio es capaz de *saber* qué tan sabio es un sabio, es tan sabio o más sabio que aquel. Los sabios, además, son quienes saben cómo saber. Las sociedades, entonces, tienden a delegar en los sabios que ya han reconocido el reconocimiento de los otros sabios, a confiarles la formación de los otros sabios y a inhibirse de intervenir en un campo extraño de saber. Los sabios ya reconocidos reciben una investidura que de manera invariable se expresa en el ritual, en una máscara y en la construcción de un carácter o *persona*. Cómo fue posible el reconocimiento de unos primeros sabios es una pregunta que carece de respuesta o que tiene demasiadas. El hecho es que todas las sociedades parecen admitir que hay o ha habido unos sabios y que, como señala Radin, esos sabios son o han sido pocos. Igualmente, tienden a confiar en instituciones, en aquello que dura más que los individuos y se mantiene a lo largo de los tiempos, y así funden la tradición con la autoridad. Las instituciones para la sabiduría, como las mismas máscaras de los sabios, suelen tener rostros antiguos y portar el báculo de la autoridad.

En todas las sociedades hay un mito del sabio y hay un ritual del sabio, una investidura y un poder específico del sabio que tiende a ser ampliado o transmitido por cooptación y que inhibe a los que no se consideran sabios de interferir con él. Así eran la Academia, el Sanedrín y el Calmécac, que escogían, formaban e invertían a quienes después habrían de escoger, formar e invertir a otros. Cuando una pretendida forma de sabiduría fracasa o se convierte en algo peligroso para la sociedad, se le retira la investidura, pero generalmente eso se hace a nombre de

otra investidura del saber. Es verdad que con frecuencia se ha silenciado a un sabio reconocido sin apelar a ningún otro sabio, pero eso se sale de la cultura, y aún las sociedades sin escritura se inclinan a asumir esos hechos como escandalosos y a colocarlos en el ámbito de la mera brutalidad.

Retirar la investidura de los sabios es así mismo privilegio de los sabios. Las sociedades también confían en que los sabios pueden reconocer claramente al impostor bajo la máscara de sabio. En muchas sociedades aparecen impostores disfrazados de sabios; eso es lo que leemos en Quevedo, en Rabelais, en Erasmo, en Dante, en Platón, en la **Biblia** y en el **Corán**. Pero se han admitido los juicios de esas fuentes porque se ha admitido que lo que dicen es sabio. Distintas épocas han negado la sabiduría de los sofistas, de los fariseos y de los barbudos y pedantes de **Pantagruel** y del **Elogio de la locura**, pero se la han negado porque se la han concedido a Platón, al **Nuevo testamento**, a Erasmo y a Ravelais.

Esto también tiene que ver con la universidad. Si fuéramos mexicanos antiguos buscaríamos la sabiduría en nuestros códices; si fuéramos atenienses, en los libros y aforismos de los académicos y de los sabios de Grecia; si fuéramos vedas, en los **Vedas**; si fuéramos hebreos del **Antiguo Testamento**, en los libros proféticos y sapienciales. Si perteneciéramos a otras muchas sociedades, buscaríamos la sabiduría en la palabra de algunas personas viejas y en las señales que, en el origen de los tiempos, dejaron los demiurgos en los ríos, las montañas, las rocas o las olas del mar. En esta cultura, en la nuestra, buscamos sabiduría en lo que llamamos 'universidad'

En nuestra cultura, de esa necesidad de sabios resultó el reconocimiento de la universidad. En nuestra cultura pueden distinguirse muchas formas de saber

indispensable para la sociedad que no están asociadas a la universidad; sin embargo ésta representa y a ésta se le confía el más alto saber, el saber que se considera más escaso, poderoso y especializado: aquel que en los días de Roger Bacon era el saber de Roger Bacon; ese que, en los nuestros, es el de la ciencia, la alta tecnología, la jurisprudencia, el arte y la literatura contemporáneas. Desde hace un tiempo, el arte y la literatura también han sido atraídas hacia la universidad.

Y la universidad reúne las características que tienen las instituciones para la sabiduría de otras culturas. La universidad incorpora sus miembros por cooptación: como conjunto multinacional, ella escoge sus pruebas, organiza sus estudios, forma y otorga las investiduras a sus profesores que, a lo largo del tiempo, son quienes reconocen a sus pares y determinan la formación, escogencia e investidura de nuevos profesores que reconocen nuevos pares. A veces aceptan como par, como académico, a alguien no formado en las aulas de la universidad, mas entonces lo incorporan al cuerpo universitario mediante el protocolo universitario.

En nuestros días, la cima de la autoridad académica está coronada por los altos premios de ciencia y cultura, particularmente por los Premios Nobel. Éstos, mediante el ceremonial de los subsecuentes doctorados *honoris causa*, vinculan ritualmente a aquellos que no han sido doctores a la institución de la universidad. Un Premio Nobel, dicho sea de paso, es la expresión máxima del poder simbólico de la academia: puede cambiar de la noche a la mañana nuestra imagen del mundo. Los Premios Nobel generalmente se incuban en la universidad.

Las universidades conectan autoridad con antigüedad. Si bien lo que sale de sus laboratorios y sus aulas revoluciona constantemente a la sociedad, las universidades se enorgullecen de mostrar trayectorias a lo largo de siglos y, aún en las de reciente fundación, tienen importancia la procedencia de sus primeros académicos de universidades más antiguas y los nexos que se tengan con esas universidades más antiguas. En cualquier caso, esas nuevas universidades emplean las jerarquías, los términos, la parafernalia, los escudos de armas y las divisas, las costumbres y los organismos, las ceremonias y, a veces, inclusive, el estilo arquitectónico de origen medieval.

La universidad en su conjunto es una institución de siglos que transfiere un poder siglos. En nuestra cultura se aspira a que sea la institución de los sabios que reconocen y forman a los sabios. El ejercicio soberano del saber que se les reconoce es su autonomía. La autonomía universitaria nació al compás de las conquistas de los fueros por las corporaciones, gremios y guildas en la sociedad medieval. Tal cual un gremio de orfebres reclamaba de las más altas autoridades eclesiásticas y civiles fuero para regirse, determinar quién podía ser un maestro orfebre, escoger, formar e incorporar a los aprendices y velar por la calidad en el ejercicio del oficio que mejor que nadie conocía, grupos de profesores o estudiantes, que quisieron acometer sus estudios por fuera de las escuelas catedralicias, reclamaron fuero para determinar quién podía enseñar y quién no y para mantenerse en eso a salvo de la interferencia de cualquier poder local. Papas, emperadores y reyes concedieron esos fueros a los *studia generlia*, en especial el privilegio de determinar quién podía enseñar en cualquier parte, el *ius ubique docendi*, con el cual, según los historiadores, nació la universidad (Pedersen 1997: 122, ss.; Rashdall 1997: I, 1, ss.). Algo de esos

fueros medievales quedó también en otra institución asociada con el control del saber en nuestra sociedad, la profesión con su colegio profesional.

Sabemos que en esos días 'universidad' significaba apenas "comunidad y ayuntamiento de gentes y cosas", como aún decía a comienzos del siglo XVII Covarrubias en su **Tesoro de la lengua castellana o española** (cf. también Rashdall *ibid*) y que los privilegios que recibieron los *studia generalia* fueron tocantes a muchas materias y servían para muchos propósitos: para que estudiantes y profesores pagaran más bajos arriendos, fueran aprehendidos y juzgados sólo por sus colegas -salvo en caso de asesinato o mutilación- o para que tuvieran el monopolio del *ale*, la fuerte cerveza medieval (cf. Rashdall , *ibid.*). Sin embargo, el sentido profundo de esos privilegios o 'autonomía' nació del papel de los sabios en la cultura y de la soberanía del saber.

Hoy, cuando 'universidad plena' implica 'autonomía' en cualquier parte del mundo, la justificación cultural y ética de ese privilegio debe ser la naturaleza del saber: nadie sabe mejor qué es una universidad y cómo debe hacerse una universidad que una universidad; nadie puede ser más eficaz en el reconocimiento de la universidad espuria que la universidad real. Es por eso que el Estado y la sociedad que éste representa se inhiben de intervenir en ella.

En Colombia, -no se si en otros países- el principio de autonomía universitaria se consagra en su proyecto último y en su carta fundamental que es su **Constitución**. Sobra decir que ese especialísimo privilegio expresa aquí también la confianza en que la universidad es una institución determinada por la naturaleza del saber. La **Constitución** consagra así mismo que el Estado debe ejercer la suprema inspección y vigilancia de la educación, la cual es un servicio público. Bien entendido, este otro principio no contradice sino complementa el

que consagra la autonomía. Si bien la universidad es quien mejor puede saber qué es una universidad y reconocer a la universidad espuria bajo cualquier disfraz o máscara, no es esa la institución llamada a legislar ni a aplicar la ley ni a proteger imperativamente los intereses de la comunidad; para eso se inventó el Estado. El Estado debe proteger a la comunidad y a la propia universidad armado con los criterios de saber que le suministre la universidad ya reconocida.

El de Colombia, como los demás pueblos de la historia, espera que quienes ostentan la máxima investidura del saber lo hagan dueño de ese saber y pueda ser así intelectualmente soberano. La posibilidad de que realice ese proyecto depende de su universidad.

OBRAS CITADAS

- BOCHENSKI, J. M. *The Logic of Religion*. New York: New York University Press., 1965
¿Qué es autoridad? Barcelona: Herder, 1979.
- Códice Boturini- La tira de la Peregrinación*. Tepic, Nayarit: Gobierno del Estado de Nayarit, 1990
- COVARRUVIAS OROZCO, S. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Castalia, 1994.
- CROON, A. T. *Roman Clothing and Fashion*. Stroud, Gloucestershire: Tempus. 2000.
- DE BROGLIE, L. *Sur les sentiers de la Science*. Paris: Albin Michel, 1960.
- DESMOND, A. & MOORE, J. *Darwin*. London: Michael Joseph, 1991.
- DIOGENES LAERTIUS. *Lives of Eminent Philosophers*. R. D. Hicks (tr.). Vol. I. Loeb Classical Library. Cambridge Mass., London, England: Harvard University Press, 1972.
- ERASMO DE RÓTTERDAM. *Elogio de la locura*. Barcelona: Bruguera, 1975
- FRIEDENTHAL, R. *Leonardo da Vinci*. Barcelona: Salvat. 1986.
- GARCIA GUAL, C. *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid: Alianza, 1989.
- GOMBRICH, E. H. *Meditations on a Hobby Horse and Other Essays on the Theory of Art*. London: Phaidon, 1985.
- HARDY, G. H. *A Mathematician's Apology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1967.
- HARVEY, W. (1910) *On the Motion of the Hearth and Blood in Animals*. En: *Scientific Papers: Physiology-Medicine- Surgery-Geology*. The Harvard Classics Vol. 38. New York: P. F. Collier & Son.
- MARTINEZ; J. L. *Netzahualcóyotl*. México: F. C. E.
- MAUSS, M. "El alma, el nombre y la persona". *Obras*. II (pp. 185, ss.), 1971

- McALISTER, J. W. *Beauty and Revolution in Science*. Ithaca and London: Cornell University Press, 1999.
- MORRIS, J. (Ed.). *The Oxford Book of Oxford* .Oxford: Oxford University Press, 1978.
- PEDERSEN, O. *The First Universities. Studium Generale and the Origins of University Education in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- PIERCE, J. *Los sonidos de la música*. Barcelona: Biblioteca *Scientific American*, 1985.
- PIÑA CHAN, R. *Quetzalcoatl, Serpiente emplumada*. México: F.C.E., 1992
- PRENANT, M. *Darwin y el darwinismo*. México: Grijalbo, 1969.
- RADIN, P. *Primitive Man as a Philosopher*. New York: Dover, 1957.
- RASHDALL, H. *The Universities of Europe in the Middle Ages*. F. M. Powicke and A. B. Emden (eds.). 3 vols. Oxford New York: Oxford University Press, 1997.
- SAHAGUN, B. *Historia general de las cosas de Nueva España*. A. M. Garibay (Ed.). 4 vols. México: Porrúa, 1981.
- SÉJOURNÉ, L. *El universo de Quetzalcoatl*. México: F:C:E., 1993
- SCHRÖDINGER, E. *Science, Theory and Man*. New York: Dover, 1957.
- WALKER, S. *Greek and Roman Portraits*. London: British Museum Press, 1982.
- WILKINS, W. J. [1882] *Hindu Mythology*. Calcutta, Allahabad, Bombay, New Delhi: Rupa, 1983.